

mo, lejos de ser una garantía del orden y de la libertad, es, por el contrario, un elemento altamente trastornador para el hombre, para la familia y para la sociedad?

Hay más: la institución militar es una cosa monstruosa: por una parte, subyuga atrocemente á los jóvenes más robustos y potentes, convirtiéndolos en instrumentos automáticos de los poderes que dominan y explotan la sociedad; y por otra, se vale de esos mismos hijos del pueblo para oprimir á los hombres y la sociedad entera; de este modo, el ciudadano-soldado es oprimido y opresor de los otros ciudadanos; y si estos alguna vez no pueden resistir las gabelas impuestas y los atropellos constantes y se irritan y rebelan, los mejores de sus hijos son los encargados de ametrallarles y reducirles á silencio; produciéndose en estos casos, muy comunes, que el hermano sacrifique al hermano, que el hijo mate á su propio padre, y tantos horrores que la humanidad contempla!... Tal es la astucia del autoritarismo; tales los efectos de la ordenanza; tal la misión del militarismo. En consecuencia, la principal causa del desorden social es el militarismo, ya que, si no subsistiese, los privilegiados se guardarían muy bien de esquilmar y oprimir á los pueblos, y la paz no se alteraría.

Hay más todavía. El militarismo, como la autoridad, son una constante amenaza contra el orden social, contra el progreso, contra la civilización y la fraternidad humana, porque así el Estado, por naturaleza absorbente, como el militarismo, por su cualidad belicosa, amigo de botín y ansioso de grados, llevan la guerra á las naciones que consideran menos fuertes que la de los que la provocan, enemistando de esta suerte á pueblos que no tienen para qué odiarse, excitando la pasión al pillaje, á la crueldad, al salvajismo; y en tanto la inhumana y encarnizada lucha llena de angustias y dolor el corazón de las gentes de esos pueblos que se ven obligados al ataque ó á la defensa, los tiranos y mandarines banquetean y brindan por sus presentes ó

futuros triunfos y rapiñas, por sus ambiciones desmedidas, encubriendo iniquidad tanta con el sofisma del *engrandecimiento y prosperidad de la patria!*... ¿Es el militarismo el guardián celoso de la paz pública, ó es su peor enemigo?

Siendo un hecho innegable que el militarismo sólo sirve los intereses de los privilegiados, contra los intereses, la tranquilidad y la libertad de los pueblos; siendo su fuerza la valla más poderosa que se opone á la evolución humana hacia su positivo bienestar, por cuanto es el sostén del Estado, de la propiedad, del clericalismo, instituciones todas ellas solidarias de la explotación de la sociedad laboriosa, creadora de todas las riquezas; siendo todo esto verdad, claro es, como la luz del día, que no son los hombres, los ciudadanos, los pueblos, los que alteran la paz y la armonía social, justificando la necesidad de los ejércitos, sino, bien al contrario, son los ejércitos los perturbadores de la paz pública, los que producen la guerra interior y exteriormente, arruinando los pueblos, condenándolos á la esclavitud y á la miseria contra toda ley natural.

No es posible admitir hoy que la arbitrariedad reinante subsiste sin la razón de la fuerza, porque bien poco cautivan ya á la sociedad las farsas religiosas, la hipocresía del Estado, los sofismas económicos, que no pueden ya sostenerse sino llenando la superficie de la tierra de cárceles, presidios y cañones. Es por esto que el militarismo es el último argumento y el último refugio de todos los explotadores: su excelsa y protectora divinidad. Vedles con qué delirante afán se apropian todos los inventos mortíferos; cómo amontonan materiales de guerra; con qué solicitud los guardan y vigilan, procurando no sean arrebatados por los pueblos; observad cómo pasean por las ciudades sus legiones de defensores, para convencer á todos de su gran poder, de que hay que someterse!...

Ellos, los opresores, saben muy bien que, á pesar de todo, no basta la fuerza para lograr el quietismo y la obediencia.